

Guatemala, Nunca Más

El informe que Monseñor Gerardi bautizó con su propia sangre



ALIANA GONZÁLEZ

La violación de los derechos humanos fue usada como estrategia de control social.

No resulta sencillo resumir el informe "Guatemala, Nunca Más", de cuatro libros, que costó tres años de esfuerzos, el cual contiene 6 mil 500 testimonios que hablan de 55 mil víctimas, y describe más de 400 masacres de comunidades. No es posible resumir el horror de la guerra y las violaciones a los derechos humanos cometidas por el Ejército y la guerrilla, así como las consecuencias sufridas por el pueblo de Guatemala. Menos aún, cuando el mismo ha sido bautizado con la sangre de Monseñor Juan Gerardi, asesinado el 26 de abril pasado, dos días después de presentarlo públicamente en la Catedral Metropolitana.

Y aún más difícil, tratar de describir en algo las palabras dichas durante su entierro, las miles de personas que lloraron

frente a su cuerpo, su rostro golpeado salvajemente por una piedra hasta deformarlo, el cruento relato de su asesinato.

Pero sí podemos intentar acercarnos un poco a esta dolorosa realidad. Sonia, la compañera de cuarto con la que compartí 15 días durante nuestra participación en el XVI Curso Interdisciplinario de Derechos Humanos que tuvo lugar en Costa Rica, entre el 15 y el 26 de junio, me hizo entender la profunda herida que dejó la violencia durante los primeros años de la década de los ochenta, especialmente en las áreas rurales indígenas.

Ella es guatemalteca y conoció de cerca a Monseñor Gerardi. El domingo 26 de abril, día de su muerte, almorzaron juntos y compartieron chistes junto con otros miembros de la Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado de Guatemala (ODHAG) y del Proyecto Interdiocesano de Recuperación de la Memoria Histórica (REMHI). "Él era muy alegre. Ese día estaba particularmente feliz", me contó. Sus relatos sobre monseñor Gerardi están repletos de cariño, y son más parecidos a los recuerdos que deja un tío o un padrino muy querido. Aún no entiende lo que siguió después, su manera de morir y los meses posteriores al asesinato. "Es como una historia de mentira, difícil de entender", dijo, como todo lo que trae consigo la violencia.

Así me ocurre ahora mientras hojeo el resumen del informe "Guatemala: Nunca Más", que, en papel periódico, antecede al que será publicado en cuatro gruesos tomos. El mismo que será entregado, comunidad por comunidad, por la Iglesia guatemalteca durante este tiempo que sigue, como un modo de apropiarse y entender esta historia de horror. Es una descripción que entrega una realidad tan cruda, que no puede uno dejar de sentir vergüenza e ira, las dos al mismo tiempo.

Intento leer el informe bajo el signo de lo dicho por Monseñor Gerardi a propósito de este trabajo, al que calificó como una deuda pendiente con el pueblo, que tiene derecho a recuperar la palabra, ya que el primer paso para la reconciliación y la paz es el diálogo entre las personas. "La reconciliación -decía- no es cuestión de discusiones de políticos, de firmas y de contratos. Por eso, REMHI no fue producto de ningún pacto político: fue un ejercicio de liber-

tad plena, de dignificación de las víctimas y los victimarios".

"Este informe es un intento de reconstruir una multitud de complejas y distintas experiencias de las poblaciones afectadas por la guerra, a partir de las voces de la gente. Se puede leer como un libro, se puede escuchar como una historia, pero sobre todo se puede aprender de esta memoria colectiva, que reivindica la dignidad de las víctimas y las esperanzas de cambio de los sobrevivientes. Una memoria que no sólo mira los hechos pasados, sino que sostiene las demandas de verdad, respeto, justicia y reparación, que deben formar parte del proceso de reconstrucción social de Guatemala", dice el informe en su introducción.

Según este informe, el Ejército, en combinación con grupos paramilitares como las Patrullas de Autodefensa Civil (PAC), son responsables por el 70.2% de las víctimas; la guerrilla es responsable por el 9%. El 75% de las víctimas son adultos, y el 75% también pertenece a los pueblos mayas. Sólo entre 1981 y 1982 ocurrieron casi 300 de las 422 masacres documentadas en este informe; 116 masacres tuvieron más de 21 víctimas, y otras 40, más de cien víctimas.

El informe analiza en su Tomo I los impactos de la violencia a nivel personal, familiar y comunitario, con capítulos especiales que abordan la violencia contra los niños y las mujeres, así como las estrategias de la gente para afrontar las situaciones límite a las que se vio sometida y sus demandas para que esta violencia no se repita. En el Tomo II se estudian los mecanismos del horror: cómo se planificaron y ejecutaron las masacres, las torturas, las desapariciones forzadas; cómo funcionan los aparatos del terror: los servicios de inteligencia militar, las fuerzas especiales de la contrainsurgencia y la insurgencia, el entrenamiento de los hombres convertidos en máquinas de matar y los métodos empleados. El Tomo III es un amplio marco histórico de la guerra: los ciclos políticos y económicos y los actores fundamentales del proceso político, entre ellos la Iglesia. El Tomo IV presenta los datos mínimos de identificación de las víctimas, así como estadísticas generales y recomendaciones al Estado, a las fuerzas políticas del país, a la Iglesia y a la comunidad internacional.

CÓMO SE EXPRESA LA VIOLENCIA

El informe le dedica buena parte del Capítulo I del Tomo I, "Consecuencias individuales de la violencia", al tema del miedo y sus efectos, y explica cómo la violación de los derechos humanos fue usada como estrategia de control social en Guatemala. Se recogen testimonios de represión selectiva sobre líderes comunitarios y hostigamiento a sus familias y a las comunidades: "Las acusaciones de participación o apoyo a la guerrilla involucraron globalmente a muchas comunidades que fueron tildadas de 'guerrilleras'. De tal manera que el origen geográfico se convertía en una acusación, cuando no en una agresión directa"; También se desarrollaron las manifestaciones más extremas del desprecio por la vida, como la realización de torturas públicas, exposición de cadáveres, aparición de cuerpos mutilados, como una forma de usar el terror como "lección ejemplificante". Este capítulo narra en detalle cómo el miedo logró inhibir la comunicación entre las personas, desarticular los lazos afectivos y generar desconfianza en las comunidades, desvincular a las personas de los procesos organizativos y aislarlas socialmente. A nivel individual, creó sentimientos de impotencia, estados de alerta permanente, desorganización de la conducta, problemas de salud y la vivencia de la realidad como una amenaza, llegando a distorsionarse los límites entre la realidad y lo imaginario en muchos de los sobrevivientes.

Bajo el título "Los procesos de duelo alterados", se narra la forma en que las masacres, asesinatos y desapariciones afectaron a los indígenas, sus ritos y modos de expresión del duelo: "En las condiciones de violencia sociopolítica extrema y desplazamiento, el duelo supone también un proceso de enfrentar otras muchas pérdidas, y tiene un sentido comunitario. La gente no sólo ha perdido amigos y familiares, sino que también siente que se ha perdido el respeto por las víctimas y los sobrevivientes". "Además de la pérdida de sus seres queridos, la tristeza tiene un significado más global. Hay también un duelo por la ruptura de un proyecto vital, familiar, y en muchos casos tuvo una importante dimensión económica y política, la pérdida de estatus, de la tierra y el sentido de identidad ligado a